

rodeaban le hacian oír el lenguaje de la razon.

De la ira pasaba al idiotismo.

De cualquier modo, la idea que dominaba en él era la de mostrar á su pueblo que no habia decaido un solo instante su valor, toda vez que tenia ánimo para arrebatarse la vida.

Trascurrieron algunos dias, durante los cuales pareció Méjico una ciudad desierta.

¿Se habia resuelto la cuestion?

¡Ah! No; todavía tenian los españoles que afrontar nuevos peligros, que empeñarse en nuevos y dolorosos combates.

Capitulo XXVI

Una familia desgraciada.

Mientras tenian lugar en Méjico las aterradoras escenas que hemos descrito en los capítulos anteriores, pasaba dias de profunda tristeza en su palacio de Tacuba el príncipe Guatimozin.

En vano Guacalcinla, para desterrar de su alma las sospechas que su imprudente confesion habia despertado, procuraba mostrarse solícita y cariñosa con él.

En vano consagraba á cada instante las caricias al fruto de su amor.

No eran sólo los disgustos domésticos los que producian en el alma de Guatimocin tanta melancolía.

Parecia que su corazon albergaba el triste presentimiento de lo que iba á suceder, y aunque ajeno

por su carácter á toda ambicion, no podia ménos de sentir un inmenso amor á su patria y de llorar anticipadamente aquellas desventuras, síntoma precursor de la esclavitud que le amenazaba.

Guatimozin, á quien más tarde hemos de ver figurar en primer término en esta historia, tenia motivos poderosos para no intervenir en aquella encarnizada lucha que sostenian los españoles y los mejicanos.

En primer lugar, era el esposo de la hija de Motezuma.

Comprendia mejor que nadie las causas que habian obligado al monarca á trasladarse al cuartel de los españoles, para ser á su lado una garantía de paz, ó por lo ménos de la fidelidad con que se proponia tratarles, y al mismo tiempo que admiraba aquella energía, aquella abnegacion, que pasaba por pusilanimidad á los ojos de los extranjeros, no podia ménos de sentir la vergüenza de ver un imperio tan grande y un monarca tan poderoso subyugado por unos cuantos españoles.

Sólo el recuerdo de la admiracion que Hernan Cortés habia producido en Guacalzinla, sólo la idea de que su jóven esposa habia abrigado en su corazon por un instante sentimientos de simpatía hácia el caudillo de los españoles, encendia en su pecho el rencor y se sentia con ánimos de ponerse al frente de los guerreros, de guiarlos á la destruccion de sus enemigos.

Pero cómo oponerse á la voluntad de Motezuma,

en quien reconocia y acataba al poderoso soberano de todo el territorio del imperio?

Al mismo tiempo, repugnaba á su corazon la idea de que pudieran creer los mejicanos que abrigaba en su alma la ambicion de elevarse al trono por aquel medio.

Sabia que Cacumatzin deseaba el cetro de Méjico.

El príncipe de Iztacpalapa, por otro camino, le anhelaba tambien.

Unos y otros tenian partidarios.

El á su vez contaba con numerosos mejicanos, que apreciando en lo que valian sus cualidades, deseaban, por ser el esposo de la hija mayor de Motezuma, que heredase su corona.

En aquellos momentos en que la independencia de su patria peligraba; ante el enemigo comun olvidaban estos tres caudillos sus ambiciones.

Por todas estas razones, en la soledad de su palacio, lejos de todo el munto, pedia á los dioses que alejasen de Méjico los males que afligian al país, y era tal el desaliento en que se hallaba su alma, que ni los cariñosos cuidados de Guacalzinla, ni los juegos infantiles de su hijo Ulitech, bastaban á consolar su espíritu abatido.

Conviene á nuestro propósito, antes de pasar adelante, dar más colorido á la figura de Guatimozin, para que se presente á nuestros lectores bajo su verdadero punto de vista.

El jóven príncipe de Tacuba pertenecia á la dinastía tenapeca, una de las más antiguas é ilustres del Anahuac.

Los tenapecas habian formado el imperio de Atzacapuzalco.

La tradicion de la familia á que perteneció Guatimozin se halla descrita en casi todos los historiadores de Méjico.

La tiranía de uno de los últimos soberanos de esta raza obligó á los tlatoanis, ó nobles mejicanos, y á los señores de Tezcuco, á coaligarse para declararle la guerra.

El tirano aceptó la batalla que le propusieron los enemigos, y despues de una reñida pelea, sucumbió en ella, pasando el imperio de los tenapecas á formar parte del imperio mejicano.

Un solo vástago quedó de la dinastía destronada.

Motezuma I, emperador de Méjico entonces, fundó el reino de Tacuba, y puso en él por jefe á aquel príncipe.

Este y su protector murieron casi al mismo tiempo sucediendo al rey de Tacuba su único hijo, llamado Alcoyott.

A este soberano sucedieron en el trono, primero Axayacat, y luego Almitonzin.

Almitonzin casó al subir al trono con una hermana de Motezuma, mezclándose por este motivo en Guatimozin la sangre de los aztecas y la de los altos dominadores de la Naguaca.

Al llegar Hernán Cortés á Méjico, contaba el jóven príncipe veinte años, y hacia ya dos que estaba unido con Guacalcinla.

De su matrimonio habia nacido un niño.

Todo sonreia al jóven príncipe de Tacuba, cuando la llegada de los españoles á Méjico hizo perder la paz á su alma.

Hemos dicho que vivia retirado y sin mezclarse por nada en las contiendas que agitaban al país.

Al dia siguiente del combate que habia terminado con el desacato de los mejicanos, hiriendo á su rey, se hallaba Guatimozin en el jardin de su palacio.

Nada más bello que aquel paraíso, en donde poco despues de amanecer buscaba alivio á sus pesares, recreando sus ojos en su hermoso hijo que jugaba cerca de él en el regazo de Guacalcinla.

En aquel hermoso jardin, dice una distinguida poetisa (1), bajo doseles de verdura, escuchando el blando murmurio de las fuentes y el variado canto de las aves, respirando en las benignas auras matinales los penetrantes aromas del niveo *Floripundio*, del nacarado *Joloxochitl*, que en forma imita la figura de un corazon, como lo indica su poético nombre (A); de la vistosa *Macpalxochit*, que exhala de su capullo, semejante á un canastillo, el más grato de los perfumes; y de la magnífica *Occlowohil* (B) de atigrado matiz; rodeado, en fin, de las más lindas y amenas producciones de la naturaleza y del arte, parecia extraña la grave y melancólica disposicion de

(1) La señora Gomez de Avellaneda.

aquel adolescente, cuya vida se hallaba, como el día á que nos referimos, en su apacible mañana.

Guacalcinla contemplaba á su esposo, quien en aquellos momentos, víctima de su imaginación, consideraba la afflictiva situación del imperio y veía con los ojos de su alma el horrible combate, que según sus noticias, debía tener lugar en aquellos instantes.

—¡Maldita sea la hora,—exclamó el príncipe,— en que llegaron á nuestro suelo los españoles!

—¡Malditos sean! Puesto que tú los maldices,—exclamó Guacalcinla;—malditos sean, porque te han robado la tranquilidad, porque han segado en flor tus venturas, porque en el albor de la juventud y de la felicidad sólo tienen lágrimas tus ojos y suspiros tus labios.

La joven cayó en un profundo abatimiento.

—En estos instantes,—prosiguió Guatimocin,— se decide tal vez la suerte de nuestra patria. Mis hermanos pelean, y yo no estoy á su lado. Sospecharán quizás de mi valor.

¡Ah! No sé lo que pensarán de mí.

En vano trato de consolarme recordando que he obedecido á mi deber. Yo no puedo combatir con los amigos, con los protegidos de tu padre.

¡Ah! Guacalcinla; por lo que más ames en el mundo, te pido que apartes de mi vista á mi hijo. Al contemplar sus brillante y serenos ojos, al ver reflejarse en su frente la inocencia, no puedo ménos de pensar en los días terribles que le aguardan.

—¿Quién sabe si el que ha nacido hijo de un rey tendrá que ser esclavo!

—¡Calla! ¡Calla!—dijo Guacalcinla, ocultando con su cuerpo la alegre y risueña figura del niño.

De pronto se presentó ante los dos esposos uno de sus más leales servidores.

—¿Qué quieres, Olitlay?—preguntó Guatimocin.

—Señor, acaban de llegar dos emisarios de Méjico. Traen las flechas en la mano izquierda, cubierta la punta con las plumas amarillas.

—¡Fatídica señal! Vienen sin duda á anunciarme el luto y la desolación. Tendré valor para recibirlos. Lléalos á mi estancia. Voy en seguida.

Y dirigiéndose á su esposa:

—Guacalcinla, quédate entre las flores y mirate en tu hijo. Unas y otro serán en lo sucesivo la única alegría que te quede en el mundo. Prepara tu corazón al dolor.

Y sin decir más, partió adonde le aguardaban los dos mejicanos.

Era uno de ellos Huasco, el fiel servidor del príncipe de Iztacpalapa.

El otro Nothalan, el jefe de las tropas que desde Malpacingo había enviado el príncipe Olinthe á defender la causa de los mejicanos.

—¿Qué me anuncia vuestra venida?—exclamó Guatimocin.

—El mayor de los desastres.

—Hablad.

—Las calles de Méjico están llenas de cadáve-

res; la laguna enrojecida con la sangre de los mejicanos.

Los guerreros, resueltos á morir ó á vencer, asaltaron ayer el cuartel de los españoles.

Motezuma, el gran Motezuma, se presentó á su pueblo rodeado de extranjeros, y nos pidió con humildad la paz.

Ostentaba en su frente la corona imperial, el centro en la diestra, el manto régio cubria sus espaldas.

Pero ¡ay! ¿quién contiene el torrente desbordado?

Guatimozin, prepárate escuchar la más horrible de las desventuras.

Los mejicanos, ciegos de ira, desoyendo la voz del deber, han dirigido sus flechas á su soberano, han arrojado piedras á su rostro, y Motezuma, el gran Motezuma, ha caído en tierra bañado en su propia sangre.

—¡Ah!—gritó Guacalzinla, que á pesar de los ruegos de su esposo le han seguido para saber las nuevas que llevaban los emisarios.—Mi padre ha muerto! ¡Maldicion sobre sus asesinos!

Capítulo XXVII

Guacalcinla.

Guacalcinla perdió el sentido, y su esposo llamó á las servidoras de la jóven para que la condujeran á su aposento.

Avido Guatimozin desaber todo lo que habia ocurrido en Méjico, preguntó á los emisarios, y oyó de sus lábios la narracion de aquel espantoso drama.

Todos los mejicanos, desde el principe de Iztacpalapa hasta el último mayeque (1); todos los que habian tomado las armas para defender la independencia de la patria; todos, ante la idea de haberse puesto las manos en Motezuma, estaban consternados, se habia refugiado en las montañas, habian abandona-

(1) Labrador.

do la ciudad, y parecía que pesaba sobre ellos una losa: el remordimiento.

—Pero, ¿habeis muerto á Motezuma?— preguntaba frenético Guatimozin.

—No lo sabemos. Pocos, muy pocos, fueron los que despues de verle caer se atrevieron á volver los ojos hácia donde habia caido.

—Es necesario que yo sepa la verdad.

—¿Te atreverás á acercarte al cuartel de los españoles?

—No, no,—exclamó Guatimozin recordando un juramento que habia hecho.—He jurado,—añadió con tristeza el guerrero,—he jurado no acercarme al cuartel de los españoles sino con las armas en la mano, sino para vengar á mi patria, despues de haber salvado de su poder á Motezuma, y no puedo entrar con la punta de la flecha hácia arriba, simbolo de la guerra.

Los emisarios partieron, y Guatimozin quedó absorto en su meditacion.

Su esposa le sacó de ella.

—Guatimozin,—le dijo,—vuelve en tí. No llores las desventuras de la patria. Yo, débil mujer, con la zozobra en el alma, porque no sé si mi padre exhala el último aliento, vengo á darte energía, vengo á darte valor.

—¡Pobre Guacalcinla!—dijo Guatimozin.—En vano tratas de consolarme. Los suspiros de tu alma brotan de tu acento, y las lágrimas que ocultas para no entristecerme anegan tu corazon.

—Olvidate de mis pesares. Háblame de los tuyos. Dime la verdad, ¿ha muerto Motezuma?

—Los emisarios lo ignoran. Le han visto caer herido.

—Y bien; ¿por qué no vamos allá? ¿Por qué no recogemos su último aliento, si la herida es mortal y aun no ha espirado? ¿Por qué no le asistimos y le cuidamos, si aun hay esperanza de salvarle? Crees que los españoles seran tan inhumanos, que no nos dejarán acercarnos á él?

—Guacalcinla, he jurado no penetrar jamás en aquel recinto, sino para luchar con nuestros adversarios.

—Pues bien, Guatimozin; comprende mi dolor. Déjame ir á mi sola.

—¿Tú?

—Yo, sí. ¿Negarás á la hija este consuelo? ¿Podrás dudar de mí en medio de la afliccion que experimenta mi alma?

—No, vé; ahora mismo voy á disponer que te acompañen á Méjico mis más leales servidores. Yo aquí espero, suplicando á los dioses que me inspiren una idea para salir de esta situacion dolorosa en que me hallo; que iluminen mi mente con un rayo de luz, para que desaparezca el caos que la circunda.

Guatimozin dió orden para que dos tlatoanis de su córte, con los demás servidores que fueran necesarios, acompañaran á Guacalcinla á Méjico.

El dolor habia disipado sus celos, y no recordaba

el afectuoso interés que los españoles habían despertado en la inocente alma de Guacaleinla.

En breves horas llegó la comitiva á la ciudad de Méjico.

El corazón de la jóven princesa se oprimía á su pesar al contemplar el espectáculo que se apareció á sus ojos.

Un lúgubre silencio reinaba en los alrededores de la ciudad.

El cielo estaba oculto entre nubes, y aquellas nubes parecían envolver á Méjico como en un sudario.

Avida de llegar al cuartel de los españoles para saber cuál era la situación de su padre, penetró en la ciudad, y al hallarla desierta sintió que corría por sus venas un frío glacial.

Ni un solo rumor, ni una sola puerta abierta.

Todavía se hallaba en Méjico el fatídico espectro de la guerra; pero en aquellos momentos inactivo, reposado, adormecido.

Las aguas de los canales estaban enrojecidas por la sangre.

En muchas ocasiones faltó el valor á Guacaleinla, y sólo el deseo de ver á su padre le daba fuerzas para avanzar.

Antes de penetrar en el cuartel de los españoles se dirigió al palacio de su padre para ver á Miazochil, que algunos días antes había abandonado á Tacuba.

El gran palacio de la plaza de Tlatlelulco, tan animado otras veces, estaba desierto.

Guacaleinla cruzó las habitaciones en donde había pasado sus venturosos sueños, y sólo halló algunos servidores muy adictos á su familia.

—¿En dónde está la emperatriz mi madre?—preguntó la jóven.

—No la veais,—le dijeron;—no podría soportar vuestra presencia.

En efecto; la emperatriz se había refugiado con sus hijos en las habitaciones, que sólo ocupaban los individuos de la familia real en cuanto alguno fallecía.

—¿Y mi padre?—preguntó la jóven al hallarse en presencia de Miazochil.

—Aun vive.

—¿Vive?—exclamó con alegría.

—Sí, vive; pero en la desesperación, porque sus vasallos, que él amaba como hijos, se han atrevido á ultrajarle, á escarnecerle, á herirle.

Guacaleinla hizo que la condujeran al cuartel de los españoles.

Hallábase de guardia en la puerta principal el capitán Escobar, quien al ver á la jóven princesa embellecida con el dolor, y al oír sus súplicas, se apresuró á anunciar á Hernan Cortés su llegada.

—Llevala hasta la estancia de su padre,—dijo el caudillo,—y alejaos todos de allí para no turbar su afición.

Motezuma estaba en el lecho del dolor.

Los cuidados que le habían prodigado, á pesar suyo, los españoles, habían aliviado su herida.

Pero la de su alma era mortal, y al ver entrar la princesa, y al reconocerla, cubriéndose con las manos el rostro:

—¡Huye, hija mia,—le dijo;—huye de mí; yo estoy maldito de los dioses! ¡Tú vista me avergüenza!

A una señal de Guacalcinla, todas las personas que rodeaban al enfermo la dejaron á solas con él.



Capítulo XXVIII.

Donde se vé lo que hace el cariño y lo que hace la pasión.

Guacalcinla se postró de hinojos ante el lecho de su padre.

—Gracias sean dadas al gran Tezcalepuzca,—dijo la jóven.—El ha conservado sus dias á mi buen padre, para que yo no muriera de dolor.

Y al ver que los ojos de Motezuma se inundaban de lágrimas:

—Padre mio y señor,—añadió la jóven.—Desahoga tu corazon en el mio, exhala tus ayes, que hallarán eco en mi alma, y abre tu espíritu á la esperanza, porque ella viene á consolarte.

—No, Guacalcinla; tú eres niña, eres feliz y no puedes comprender mi dolor. Si lo comprendieras, si sintieras en tu alma la humillacion que yo siento al